

LA EXCURSIÓN QUE NO OLVIDAREMOS

María Linares

Sábado 2 agosto 2025

¡Por fin! Es la primera noche de verano en el pueblo. Mi madre ha cogido la guitarra y toca canciones en el porche mientras hacemos tiempo después de la cena para ver el toro embolado en la plaza. Mi padre se ríe de mi impaciencia cuando le pregunto por quinta vez la hora, pero ¡es que tengo muchísimas ganas de ir!

En la plaza me saludan mis amigas Marta y Clara desde el balcón de su abuelo y me invitan a subir. Todavía nos quedan un par de años para poder ver el toro desde la barrera pero nos encanta estar arriba animando a los que se atreven a correr con el toro suelto. Es súper emocionante ver cómo lo esquivan y seguir las llamas que lleva cerca de sus cuernos.

En cuanto lo meten en el toril bajamos las tres a la plaza y nos despedimos. Yo vuelvo paseando a casa con mis padres. Vamos despacio disfrutando del silencio y el aire fresquito de la noche.

El cielo de Mora es el más bonito que conozco y, cómo se ven todas las estrellas, mi papá me explica algunas figuras y sus historias. ¡Se sabe muchísimas y me está enseñando a orientarme con ellas!

Antes de meterme en la cama escribo media página en el diario pero me duermo enseguida. Estoy agotada y quiero descansar, ¡mañana vamos a estrenar el veraneo con una súper excursión!

Domingo 3 de agosto 2025

Estamos subiendo por el puerto de San Rafael hasta una ermita que hay en la Virgen de la Vega. Allí empezamos nuestra excursión ¡vamos hasta Linares!

Es una ruta de mayores porque hay que andar mucho, pero como ya llevamos tres años haciéndola, mis amigas y yo ya estamos acostumbradas.

El abuelo Miguel, el padre de Marta y el mío se llevan los coches hasta Linares y nos esperarán en el azud mientras preparan los bocatas de la comida. Desde allí empezamos a andar. Los primos mayores de Marta y Clara van por delante con mi hermano y un par de amigos. En medio del grupo vamos nosotras tres con el altavoz cantando y al final se ponen juntas mamá, mi tía y su amiga Yolanda.

Marta, Clara y yo empezamos una competición de anécdotas. Vamos contándonos todas las aventuras del curso anterior, las trastadas que han hecho en su cole y lo difíciles que eran los exámenes, y yo les cuento de la liga de baloncesto que hemos hecho en el mio y del proyecto de ciencias en que hicimos una excursión a una ganadería.

Al llegar al barranco hacemos el primer descanso. Esperamos a mi madre y sus amigas mientras jugamos a salpicarnos con mi hermano y sus primos. Cuando llegan almorzamos todos juntos y enseguida volvemos a ponernos en marcha.

Al principio nos unimos a los mayores pero andan muy deprisa y nos vamos quedando atrás. Cansadas, quedamos con ellos en encontrarnos a la sombra de la carrasca gigante, casi al final de la excursión y así hacer el tramo hasta la poza juntos.

De camino vamos cantando todas las canciones del verano hasta que en una curva nos cruzamos con un montón de vacas en medio de la senda.

-¡Uff! Nos quedamos heladas...eran enormes y nos miraban fijamente, sin moverse.

Apagamos la música y disimulando un poco el miedo, nos subimos un poco al monte para evitar pasar muy cerca de ellas.

Le di la mano a Marta que las miraba temblorosa y, poquito a poco, conseguimos pasar como unas valientes.

¡Qué alivio! Nos entra un ataque de risa y todo.

Al llegar al cruce de caminos discutimos un poco porque a cada una le suena una dirección distinta. Al final cogemos el camino de la izquierda alejándonos de una masía antigua aunque no estamos 100% seguras.

Andamos otro rato y nos sentamos en un muro de piedra a esperar a mi madre que lleva más agua y frutos secos. Hace calor y nuestras cantimploras están casi vacías.

Clara, que es muy peliculera, empieza a decir que a lo mejor nos hemos perdido o que nos hemos equivocado de camino. Hasta empieza a buscar helicópteros por el cielo. Ahora ya empiezo a preocuparme un poco y se me quita la risa. ¿Y si es verdad y nadie nos encuentra?

Marta bromea conmigo y me quita los nervios. Solo tenemos que esperar, a lo mejor hemos andado más rápido de lo normal- me dice.

Luego sigue contándome todo lo que han hecho el mes de julio en Alcalá y me pone al día del grupo de amigos. De vez en cuando mirábamos el camino a ver si veíamos a alguien.

Como pasa casi una hora y estamos un poco extrañadas de que nadie venga, decidimos volver andando hacia el cruce. Me quedé más tranquila aunque no

estábamos muy seguras de que movernos fuera la mejor idea. Pero, ¡sorpresa! En mitad del camino, nos cruzamos con un todoterreno que avanzaba hacia nosotras.

¡Era la Guardia Civil! Resulta que sí que nos habíamos perdido.

Enseguida nos dieron agua y llamaron a nuestros padres para avisar de que ya nos habían encontrado. ¡Lo más chulo de todo fue llegar hasta el azud de Linares en su coche!

Al llegar todos nos abrazaron, especialmente el abuelo Miguel que estaba muy preocupado. Estaba tan agradecido que invitó cuatro veces a los guardias civiles a comer con nosotros. Mientras, nos contaron cómo se habían dado cuenta de que nos habíamos perdido y cómo habían logrado encontrarnos.

Al llegar mi madre y sus amigas a la carrasca vieron que allí solo estaban los chicos mayores esperandolas. Empezaron a llamarnos por teléfono pero, en medio del monte no siempre hay cobertura y no consiguieron localizarnos.

Las mamás de Clara y Marta bajaron hasta el azud de Linares para avisar a los padres y ver si habíamos acudido allí directamente. Como tampoco estábamos allí, el abuelo Miguel avisó a la guardia civil que salió con el coche desde la ermita de San Miguel en la Vega.

Los primos de Marta y Clara también habían deshecho el camino corriendo hasta el río para buscarnos. Llegaron muertos de cansancio y arrasaron con los bocadillos. Y ahora nos hace mucha gracia recordar la aventura de las niñas perdidas.

Todo se quedó en un susto y se convirtió en la historia más chula del verano para contar al resto de amigos.

¡Nunca olvidaremos la que liamos casi sin darnos cuenta!